

espaldas, recobrar las ciudades y provincias donde no podia dejar guarniciones suficientes; un cuerpo de seis mil hombres, colocado por ella en los desfiladeros del Tauro y de la Siria, haciendo de Ibrahim y de su ejército una presa segura, le perdía en medio de sus victorias: la armada turca era infinitamente mas numerosa que la de Ibrahim, ó por mejor decir, la Puerta tenia una armada inmensa y magnífica, é Ibrahim no tenia mas que dos ó tres fragatas; pero desde el principio de la campaña, Kalil-Bajá, jóven afeminado, favorito del gran Señor, y nombrado por él capitán-bajá, se retiró del mar delante de las flacas fuerzas de Ibrahim; yo le ví, con mis propios ojos, dejar la rada de Rodas y encerrarse en la Marmoriza, en la costa de Caramania, en el fondo del golfo de Macri. Una vez metido con sus buques en aquel puerto cuyo canalizo es prodigiosamente angosto, Ibrahim, con dos buques, podia impedirle salir de él. No volvió á salir en efecto, y todo el invierno, durante el cual fueron mas importantes y decisivas que nunca las operaciones militares en las costas de Siria, las naves de Ibrahim recorrieron solas aquellas mares y le llevaron sin obstáculo refuerzos y municiones; y sin embargo Kalil-Bajá no era traidor ni cobarde, pero así van las cosas de un pueblo que permanece inmóvil cuando todo progresa en derredor de él; la fortuna de las naciones es su genio; el genio de los musulmanes tiembla ahora delante del úl-

timo de sus bajás. Bien conocido es el resto de aquella campaña que recuerda la de Alejandro; Ibrahim es incontestablemente un héroe, y Mehemet-Alí un grande hombre, pero toda su fortuna estriba sobre sus dos cabezas; en llegando á faltar esos dos hombres, se acabó el Egipto, se acabó el imperio árabe, se acabaron los Macabeos para el islamismo, y el Oriente vuelve à ser presa del Occidente por efecto de aquella invencible ley de las cosas que lleva el dominio adonde está la luz.

La misma fecha.

La arena que ciñe el golfo de San Juan de Acre iba siendo cada vez mas fétida: ya empezábamos á ver huesos de hombres, de caballos, de camellos, arrastrados á la playa, y blanqueando al sol, lavados por la espuma de las olas. A cada paso, aquellos despojos hacinados se multiplicaban á nuestra vista: pronto toda la cenefa del mar, entre la tierra y los arenales, pareció cubierta de ellos, y el ruido de las pisadas de nuestros caballos espantaba y hacia huir á cada instante bandadas de perros, de horribles chacales y de aves de rapiña, ocupadas hacia dos meses en roer los restos de un horrible festin que les habia preparado el cañon de Ibrahim y de Abdalla. Unos se llevaban en su fuga miembros de hombres mal

sepultados; otros, piernas de caballos á que aun estaba adherida la piel; algunas águilas, posadas sobre huesudas cabezas de camellos, se elevaban al acercarnos lanzando gritos de cólera, y volvian à cernerse, aun en medio de los tiros que les disparábamos, sobre su hedionda presa. Las altas yerbas, los juncos, los arbustos de la playa, estaban igualmente atestados de aquellos despojos de hombres ó de animales. No todo era el resultado de la guerra: el tifus, que talaba á Acre hacia muchos meses, sacrificaba lo que habian perdonado las armas; apenas quedaban mil doscientos ó mil quinientos hombres en una ciudad de doce à quince mil almas, y diariamente se arrojaban al campo ó al mar los cadáveres nuevos que el mar echaba al fondo del golfo ó que los chacales desenterraban en los campos. Llegamos hasta la puerta oriental de aquella desgraciada ciudad; el aire no se podia respirar; no entramos en el pueblo, pero torciendo á la derecha, siguiendo los muros derruidos donde trabajaban algunos esclavos, atravesamos el campo de batalla en toda su estension, desde los muros de la ciudad hasta la quinta de los antiguos bajás de Acre, construida en medio de una llanura á una ó dos horas de la orilla del mar. Al acercarnos á aquella quinta de magnífica apariencia, y flanqueada por elegantes kioskos de arquitectura india, vimos largos surcos un poco mas elevados que los que abre el ara-

do en nuestras tierras de labor; aquellos surcos podian tener media legua de longitud sobre igual anchura con corta diferencia; la cima del surco se eleva á unos dos piés sobre el nivel del suelo; aquel era el punto del campamento de Ibrahim y la sepultura de quince mil hombres que hizo enterrar en aquellas trincheras sepulcrales; largo rato caminamos con dificultad por aquel suelo que cubria apenas tantas víctimas de la ambicion y del capricho de lo que se llama un héroe.

Acelerábamos el paso de nuestros caballos, cuyos piés tropezaban continuamente en los cadáveres y rompian los huesos que habian descubierto los chacales, y fuimos á acamparnos á cosa de una hora de aquel funesto sitio, en un delicioso prado de aquella llanura, todo regado por agua corriente, sombreado por palmeras, naranjos y limoneros dulces, y fuera del viento de San Juan de Acre cuyas emanaciones nos persiguen. Aquellos árboles, que formaban un verdadero jardin en medio de la desnudez de la llanura de Acre, habian sido plantados por el penúltimo bajá, sucesor del famoso Djezzar-Bajá. Algunos pobres árabes, refugiados en chozas de tierra, nos suministraron naranjas, huevos y pollos: allí dormimos.

Al dia siguiente, M. de Laroyére pudo apenas levantarse de su estera y montar á caballo; todos sus miembros embotados por el dolor se negaban

al menor movimiento. Sintió los primeros síntomas del tifus, que sus conocimientos médicos le enseñaban à distinguir mejor que nosotros; pero como el sitio no ofrecia abrigo ni recursos para establecer á un enfermo, nos dimos prisa á alejarnos ántes de que el mal adquiriese mas gravedad, y fuimos á hacer noche á quince leguas de allí, en la llanura de Tiro, en las orillas de un rio rodeado de inmensas junqueras y no lejos de una ruina aislada que parece haber pertenecido á la época de los cruzados. El movimiento y el calor habian reanimado á M. de Laroyère: acostámosle bajo la tienda y fuimos á matar patos y gansos silvestres que se alzaban, como nubes, de entre los juncos á la orilla del rio; aquellas aves sustentaron todo aquel dia la caravana.

Al dia siguiente, encontramos en la orilla del mar, en un sitio delicioso, sombreado por cedros marítimos y magníficos plátanos, á un agá turco que volvía de la Meca con un numeroso séquito de hombres y de caballos. Establecimos debajo de un árbol junto á la fuente, no lejos de otro árbol donde estaba almorzando el agá: sus esclavos hacian pasear sus caballos, entre los cuales me llamó la atención un magnífico potro árabe, y encargué á mi dragoman que entrase en negociacion con el agá para comprarle. Enviamosle de regalo algunas de nuestras provisiones de camino y un par de pistolas de piston; él nos regaló en

cambio un alfouge de Persia. Hice pasar mis caballos delante de él para traer de un modo natural la conversacion sobre este asunto, y lo conseguimos, pero la dificultad consistia en proponerle que me vendiera el suyo. Mi dragoman le contó que uno de nuestros compañeros de camino estaba tan enfermo que no podia hallar un caballo que tuviese el paso bastante suave para él, con cuyo motivo dijo el agá que tenia uno en cuyo lomo se podia tomar una taza de café á galope, sin que se cayese ni una gota: aquel era precisamente el hermoso animal que yo habia admirado y que tanto deseaba adquirir para mi muger. Despues de muchos ambajes y circunloquios, acabamos por entrar en trato, y me quedé con el cadallo, al que puse por nombre *El Kantarra*, en conmemoracion del sitio y de la fuente en que le compré. Montéle al instante mismo, para acabar la jornada, y en mi vida he montado caballo mas ligero; no se sentia ni el movimiento elástico de sus lomos, ni la reaccion de su casco sobre las piedras ni el mas leve peso de su cabeza sobre el bocado. Con el cuello corto y airoso, sacando los brazos como una gecela, creia uno montar una ave que volaba en vez de correr, tan insensible y rápido era su movimiento; así es que corria mas que ningun otro caballo árabe de cuantos he visto; su piel era de un color gris aljofarado: regalésele a mi muger, que no quiso montar ningun otro en todo

el tiempo que pasamos en Oriente. Siempre echaré de ménos aquel caballo completo:—habia nacido en el Khorassan, y no tenia mas que cinco años.

Al anochecer llegamos al pozo de Salomon; al dia siguiente temprano entrábamos en Saide, la antigua Sidon, escoltados por los Francos del pueblo y por el hijo de M. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en este pueblo. Tambien hallamos en Saide á M. Cattafago, à quien conocimos en Nazaret, y à su familia; acababa de hacer construir una casa en aquella ciudad y se ocupaba en los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no ofrece ya ningun vestigio de su pasada grandeza, no hicimos otra cosa mas que dejarnos agasajar por M. Giraudin, y nos entregamos al placer de hablar de Europa y del Oriente con aquel interesante y amabilísimo anciano. Patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en sí y en su familia la imágen de todas las virtudes patriarcales cuyas costumbres nos recordaba tambien con las suyas.

El tifus se caracteriza con todos sus síntomas en la enfermedad cada vez mas seria de M. Laroyére. No pudiendo ya levantarse para montar á caballo, fletamos una barca en Saide para llevarle por mar à Berut; nos ponemos en camino con lo restante de la caravana; despacho un correo à lady Stanho-

pe para darle las gracias por lo mucho que ha tenido la bondad de hacer en mi favor cerca del caudillo Abugosh, y suplicarla que aproveche las ocasiones que se le presenten de anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbeck y de Palmira.

5 de Noviembre.

Pasamos la noche en unas antiguas ruinas abandonadas en la orilla del mar: escribo por la noche algunos versos en las páginas de mi Biblia;—alegría por acercarnos à Berut despues de un viage tan felizmente llevado á cabo;—hallamos en el camino un ginete árabe portador de una carta de mi muger:—todo va bien, Julia disfruta de escelente salud;—me aguardan para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, con el patriarca católico que ha venido en persona á convidarnos. A las cuatro de la tarde descarga una furiosa tempestad; las nubes se rasgan de repente encima de las montañas que están á nuestra derecha; el estruendo del flujo y del reflujo de aquellos pesados nubarrones contra los picos del Líbano que los desgarran, se confunde con el estruendo del mar, que parece una llanura de nieve revuelta por un furioso vendabal. La lluvia no cae, como